

DOMINGO II CUARESMA. CICLO A

DEL TABOR A LA LLANURA

La pascua, muerte y resurrección de Jesús ilumina la transfiguración del Tabor y la transformación de Abram en Abraham. El Tabor del Nuevo Testamento es lo que ocurre de la cruz a la resurrección. Así lo expresa Pablo a Timoteo su más íntimo y joven colaborador en la evangelización: "Comparte conmigo los sufrimientos por la predicación del evangelio (kerigma) sostenido por la fuerza del Señor resucitado. Este don que ya Dios nos ha concedido por medio de Cristo Jesús (el Resucitado), desde toda la eternidad, ahora se ha manifestado con la venida del mismo Cristo Jesús, nuestro salvador, que destruyó la muerte y ha hecho brillar la luz de la vida y de la inmortalidad, por medio del evangelio, "misterio pascual" (segunda lectura). De lo anterior dan testimonio los sinópticos, particularmente Mateo en su texto de la transfiguración; y en la primera alianza (A.T.) el texto del Génesis con la promesa a Abraham; quien tuvo un Tabor de crecimiento "No te llamarás más Abram porque tu nombre será Abraham". En su transfiguración antes de Abraham ampliar su tienda ensanchó sus entrañas pasando por la paternidad física, Ismael e Isaac, a la paternidad espiritual. "Engrandeceré tu nombre y tú mismo serás una bendición... en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra" (primera lectura). La escucha se hizo en él obediencia y la obediencia fue premiada con la bendición: Abraham transfiguró su vida en un diálogo de confianza con Dios obedeciendo a lo que Dios proveía a cambio de lo estrictamente utilitario, el país, la parentela y la casa; precisamente en gracia a esa obediencia pertenecemos a la fe de Abraham.

¿QUÉ ES EL TABOR?

La experiencia del Tabor es la imagen de lo que acontece en el hombre cuando escucha en su interior al Espíritu que le ha sido dado como don en el bautismo. "Y nosotros todos, reflejando con el rostro descubierto la gloria del Señor, nos vamos transformando en su imagen con esplendor creciente, como bajo la acción del Espíritu del Señor. (2 Cor. 3,18). El Tabor haciendo parte de la revelación del Resucitado ocurre siempre en el interior del creyente reflejándose hacia el exterior por el servicio a los demás como aparece después en la llanura con la curación del niño epiléptico (Mt 17,14-22).

LA RESURRECCIÓN Y EL TABOR.

El Tabor está hecho de signos del Resucitado, palabra, petición de escucha y convivencia: "Caer rostro en tierra con temor" es una respuesta más existencial que verbal; porque a fin de cuentas la verdadera respuesta es el seguimiento. Para que todo terminara como la resurrección, en experiencia; "necesitó acercarse, tocarlos y decirles para sanar el miedo: "Levántense y no teman" sanados del temor ya no vieron más que a Jesús" (evangelio).

SE LE OLVIDÓ LA LLANURA.

Pedro pensó que el Tabor era el paso, de la tierra al cielo razón para adueñarse de esta experiencia: "¡Señor! qué bueno será quedarnos aquí. Si quieres haremos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías"; sin percatarse de la palabra que daba sentido a la experiencia: "Este es mi Hijo muy amado; escúchenlo" para rescatar de ser sólo una experiencia religiosa estéticamente bella que termina sólo en un rito sin darse cuenta de lo que les estaba ocurriendo a los otros discípulos. Al bajar del monte no es permitido hacer tiendas, como lo que intentó Pedro en el Tabor sino ponerse en la llanura en comunión con los discípulos para empezar a poner la experiencia mística anterior al servicio de un padre cuyo hijo va a morir. Así fue como tuvo un excelente fin la experiencia del tabor

Desde entonces el Tabor no puede seguir estando arriba sino abajo, en el servicio a los hermanos y en la comunión con los pobres. Aún nos falta un último Tabor como don del Espíritu del Resucitado: la vida eterna en el cielo.